

Federico García Lorca

El canto que no muere

Miguel Ángel Flores

Hace ocho décadas, pocas semanas después del estallido de la Guerra Civil española, fue asesinado Federico García Lorca. Joven y audaz, apasionado y carismático, el más famoso integrante de la Generación del 27 dejaba tras de sí una estela de tragedia pero también una obra lírica y dramática destinada a incorporarse a las páginas más preciadas de la literatura hispánica.

Tenía talento para lo artístico. Eso era indudable. Tocaba el piano, improvisaba canciones, la versificación era lo suyo, tenía lo que en su tierra se llamaba “duende”; era carismático y su facilidad de trato le ganaba amigos. Sus cualidades eran terreno fértil para la leyenda y el mito, contruidos en torno a su vida. Era la alegría y el canto donde quiera que se plantara, sobre todo en la Residencia de Estudiantes de Madrid al despuntar la década de los años veinte del siglo XX.

Su nombre: Federico García Lorca, originario de Fuente Vaqueros, una propiedad rural en el profundo sur de Andalucía, no muy lejos de Granada, el cruce de caminos entre lo cristiano y lo árabe, lugar de residencia de los gitanos y su canto y su fatalismo, su idioma críptico para los europeos.

Era de familia acomodada. Esa circunstancia le permitía gozar de ocio y empeñarse poco en sus estudios formales. La familia lo envió a Madrid con el propósito de que se inscribiera en la universidad, pero como hemos dicho antes, eso en verdad no era lo suyo. Muy pronto descubrió su interés por escribir poesía, y talento y facultades lingüísticas no le faltaban. La afición y el gus-

to por el canto formaron parte de lo que llamaríamos su “naturaleza”. Comprendió de inmediato la importancia del canto en la poesía y se empapó de la tradición popular poética de su tierra sin descuidar todo lo que la tradición culta de la poesía le podía aportar. Esquematisando, podríamos decir que cabían en él mismo el juglar y el artífice del mester de clerecía.

En Madrid se relaciona con los jóvenes huéspedes de la Residencia de Estudiantes. Esta benemérita institución era el más decantado fruto de las ideas renovadoras de Fernando Giner de los Ríos, que se habían concretado en la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876. Funcionaba a semejanza de los dormitorios universitarios anglosajones. Representaban un aire fresco, vital, para los jóvenes que habían nacido en una España asfixiante, rancia, decadente, en la que primaba un espíritu de sacristía, cerrada a cualquier renovación. Era un centro donde dialogaban las ciencias y las humanidades, una institución donde se discutían y practicaban las nuevas ideas sobre arte y literatura, semente de la modernidad en España. Jóvenes libres de complejos y culpa por el desastre del 98, que tanto había afectado a

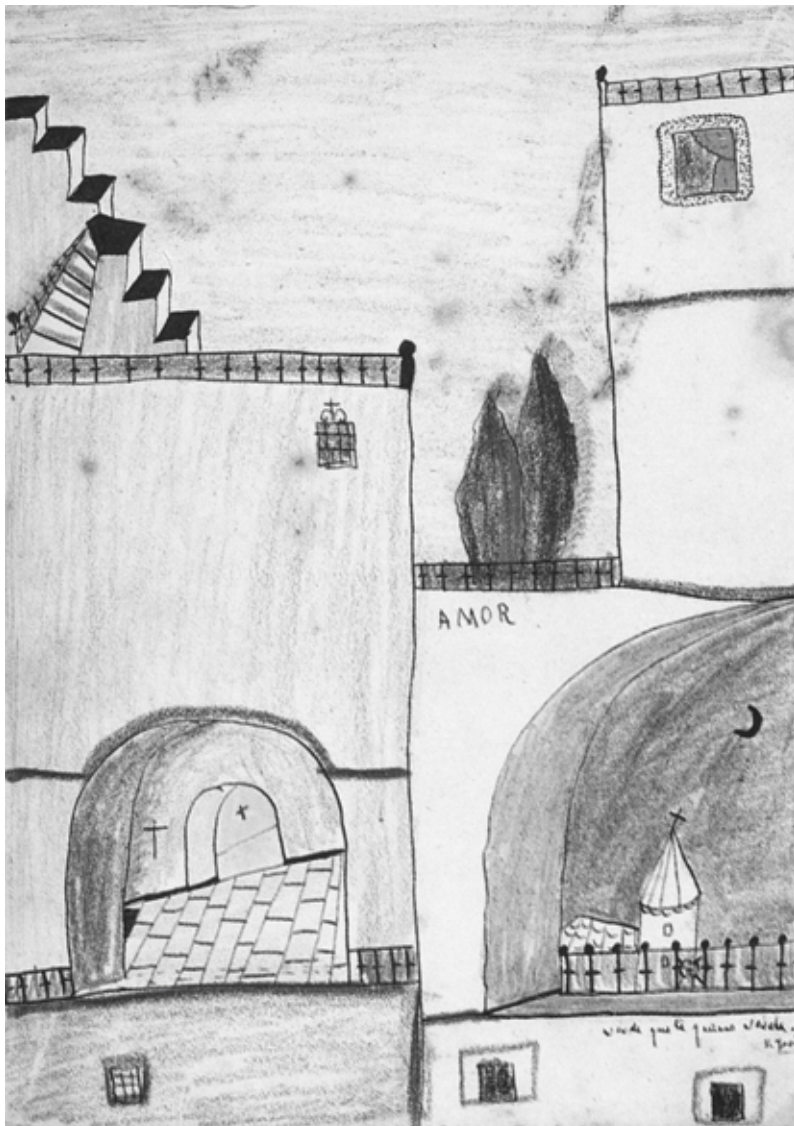
los intelectuales más lúcidos de la época como Ortega y Gasset, Unamuno, Antonio Machado, entre otros.

La leyenda urbana le atribuye a García Lorca haber sido huésped de la Residencia, pero él nunca vivió en ella. Era uno de sus visitantes asiduos, como lo fueron entonces los jóvenes poetas Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Gerardo Diego, por mencionar sólo algunos nombres de quienes con los años formarían el canon de la poesía del siglo xx. En la Residencia tuvo su germen el grupo de poetas que serían más tarde conocidos como la Generación del 27: Pedro Salinas, Jorge Guillén (fugaz huésped de dicha institución), Luis Cernuda; además de los poetas antes mencionados hubo otros como José Bergamín o Dámaso Alonso. Pero quien alcanzó la fama y la celebridad (a relativa temprana edad), y el único dueño de un destino trágico y una leyenda, fue Federico García Lorca. Poseía no sólo el talento para la poesía, era también un dramaturgo de primer orden. Sus obras se montaron con éxito de público. Buscó vincularse a su pueblo, el pueblo cultivador de la tierra y las tradiciones, el pueblo humilde y postergado en el banquete de los bienes terrenales y espirituales, ofreciéndole representaciones de teatro, divulgando obras de su autoría y

de otros escritores. Quería elevarlo en su condición espiritual y no distraerlo con piezas plagadas de vulgaridad y frivolidades. Su compañía de teatro era itinerante, un verdadero teatro de la legua que recorría los pueblos de España. Para él era un acto de fraternidad con sus relegados compatriotas. Dicho gesto le ganó la simpatía de sus colegas y lectores, pero también tuvo detractores. Era sólo tiempo de esperar las circunstancias propicias, que por desgracia se presentaron con el surgimiento de la segunda República en 1931, para que los rencores y envidias se encontraran.

Pero antes de ello, García Lorca iniciaba su breve e intensa jornada como uno de los más brillantes poetas y dramaturgos de España. Sí, como ya se dijo, sus habilidades artísticas y su personalidad, su espíritu abierto y desenfadado, le fijaron una imagen de alegría perpetua. Gozaba tocar el piano en las reuniones de sus amigos de la Residencia, cantar con ellos y decir poemas en voz alta que emocionaban a sus amigos. Con ellos se iba de jurga. Su coetáneo, el poeta José Moreno Villa (que vivió su exilio entre nosotros), lo recuerda como un joven hiperactivo. “¡La simpatía de Federico García Lorca! Era su poder central, su medio de comunicación: el genio de ese imán que todo atrajese”, dijo Jorge Guillén, quien advirtió que detrás de su alma clara como el agua se ocultaba una psique muy compleja, una claridad que se oscurecía por un sentimiento de fatalidad. El mismo Guillén lo advirtió muy bien al referir la importancia que tenía la presencia de la muerte en sus poemas, el desaliento que a veces se desprendía de ellos, los profundos conflictos sentimentales que lo afectaban, rasgos que más tarde serían notables en sus obra de teatro. “Alba” es un poema característico de lo que afirmaba Guillén:

Mi corazón oprimido
siente junto a la alborada
el dolor de sus amores
y el sueño de las distancias.
La luz de la aurora lleva
semilleros de nostalgias
y la tristeza sin ojos
de la médula del alma.
La gran tumba de la noche
su negro velo levanta
para ocultar con el día
la inmensa cumbre estrellada.
¡Qué haré yo sobre estos campos
cogiendo nidos y ramas,
rodeado de la aurora
y llena de noche el alma!
¡Qué haré si tienes tus ojos
muertos a las luces claras
y no ha de sentir mi carne



Federico García Lorca, *Verde que te quiero verde*, 1930

el calor de tus miradas!
 ¿Por qué te perdí por siempre
 en aquella tarde clara?
 Hoy mi pecho está reseco
 como una estrella apagada.

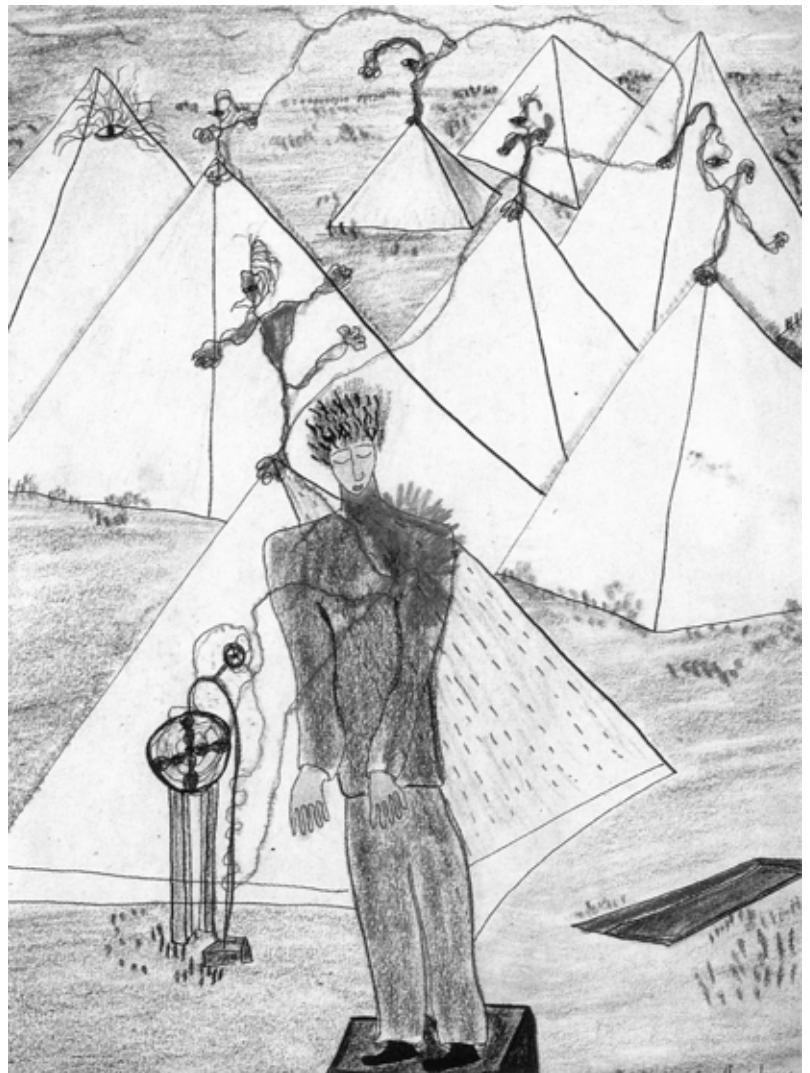
Su vitalidad se desbocó al calor de su amistad con otros dos jóvenes que dejarían también profunda huella en el panorama de la modernidad desplegada en la primera mitad del siglo XX. Tres constructores de esa modernidad coincidieron en la Residencia de Estudiantes: García Lorca, el andaluz; Salvador Dalí, el catalán, y el aragonés Luis Buñuel, a quienes muchas cosas unían y muchas otras los separaban. Fue intensa la amistad y profunda la ruptura con Dalí. Luis Buñuel lo admira pero hubo demasiada “estática” e interferencias en esas relaciones. Dalí y Buñuel se afiliaron al movimiento surrealista. Surrealismo: sueños de libertad y la enrarecida atmósfera de los sueños en la esfera de la realidad y el deseo. Todo se suma para una nueva aventura estética. Dalí y Buñuel unen sus talentos y filman en París, la nueva Roma del arte, una breve película con el título *Un perro andaluz*. Después se sabrá que el perro andaluz era García Lorca.

Federico García Lorca va al encuentro de su tradición, a las raíces de su canto:

PUEBLO

Sobre el monte pelado
 un calvario.
 Agua clara
 y olivos centenarios,
 y en las torres
 veletas girando.
 Eternamente
 girando
 ¡Oh pueblo perdido,
 en la Andalucía del llanto!

El poeta de Granada en su segundo libro se acerca a ese mundo de canto y fatalidad, de marginalidad y pasiones sin freno. Los gitanos forman parte de su tierra natal y su canto es el imán que atrae a un joven dotado de un oído capaz de captar las peculiaridades de ese canto. El *Romancero gitano* consolidó su fama. En él se mezcla esa agua clara que se ha mencionado ya con los turbios sentimientos que desencadenan las pasiones sin freno. La muerte se muestra violentamente; el amor se trasmuta en odio y celos. Salen a relucir los puñales, el arma favorita de los gitanos; el puñal: el instrumento de muerte. Y en el fondo, un lóbrego sonido de botas, los guardianes de un orden social injusto: el canto entre las sombras del miedo. “Romance de la Guardia Civil” es un grito de protesta sin descender al panfleto; está es-



Federico García Lorca, *Deseo de las ciudades muertas*, 1930

crita con la soberbia destreza de García Lorca para elaborar imágenes:

Los relojes se pararon,
 y el coñac de las botellas
 se disfrazó de noviembre
 para no infundir sospechas
 Un vuelo de gritos largos
 se levantó en las veletas.
 Los sables cortan las brisas
 que los cascos atropellan.
 Por las calles de penumbra,
 huyen las gitanas viejas
 con los caballos dormidos
 y las orzas de monedas.
 Por las calles empinadas
 suben las capas siniestras,
 dejando atrás fugaces
 remolinos de tijeras.

Federico García Lorca se afirma cada vez más como uno de los poetas jóvenes más importantes de su tiem-



Federico García Lorca, *Soledad Montoya*, 1930

po. Los auditorios quedan fuertemente impresionados con la lectura en voz alta de sus poemas. Las representaciones de las obras de teatro eran exitosas. La trágica muerte de su amigo y generoso mecenas de juergas y andanzas, el torero Ignacio Sánchez Mejías, le inspira un poema sobre el ballet de muerte que puede ser el toreo, una muerte dolorida pero casi ritual. Andalucía le aporta a García Lorca una versión de lo popular y su falso folclor: sombra, sol, casas de cal y canto, malabares de la muerte. Pero eso queda muy lejos de los propósitos de García Lorca. El riego de ser confundido con la gitanería vulgar lo mortifica.

Me va molestando un poco el mito de gitanería —escribe en una carta dirigida a Jorge Guillén en 1927—. Confunden mi vida y mi carácter. No quiero de ninguna manera. Los gitanos son un tema. Y nada más. Yo podría ser lo mismo un poeta de agujas de coser o de paisajes hidráulicos. Además, el gitanismo me da un tono de incultura, de falta de educación y de poeta salvaje, que tú sabes bien no soy. No quiero que me encasillen. Siento que me van echando cadenas. NO...

Parece marchar todo bien para Federico, pero hay un poso de incertidumbre en la vida de Federico. Lo invade un desasosiego del cual surgen sentimientos contradictorios ante la vida. Quiere marcharse de España. Respirar otros aires. Piensa en París, pero no será ese su destino. Dos años más tarde se le presenta la oportunidad para viajar a tierras más lejanas y de costumbres muy ajenas a su España y Andalucía natal. Su maestro Fernando de los Ríos le extiende una invitación para acompañarlo a Nueva York con el vago propósito de que Federico se inscribiera en la Universidad de Columbia de esa ciudad. Así cruzó el océano hacia lo desconocido, con pocas armas psicológicas, intelectuales y culturales para enfrentarse a una cultura y una realidad política y social que le muestra sus aspectos más desfavorables y menos hospitalarios; la experiencia sería en muchos aspectos devastadora para el joven poeta, pero tuvo un saldo invaluable: le inspiró los poemas del libro que lo colocaría en el centro de la vanguardia del siglo XX y le confirmaría su papel relevante en la poesía española de su siglo. El libro se intituló *Poeta en Nueva York*.

García Lorca desembarcó en Nueva York un día de junio de 1929. Un año más y habría concluido la década de los años veinte. Los alegres años veinte impregnados de un viento de desenfado y optimismo para la nueva y vieja clase que se enriquecía con la especulación en Wall Street. Años del charleston y el jazz, de los *nightclubs* donde las noches se animaban con baile y champaña. Años que tuvieron su insuperable cronista en Scott Fitzgerald. Pero a la sombra de la alegría crecían como hongos después de la lluvia la incertidumbre y la pobreza de la clase trabajadora. A la luz de las lámparas eléctricas chirriaban las máquinas, en los patios de las fábricas se vertían cantidades ingentes de alimentos para ser procesados. En los muelles el comercio del mundo opacaba cualquier rumor de una futura crisis. La muerte industrializada y la abundancia marcaron la experiencia del joven poeta en Nueva York. A la luz de las lámparas eléctricas el poeta tenía fiebre y escribía. Pero el verso exacto y la canción eufónica eran insuficientes para hablar de ese mundo de vértigo y desarticulación, de palabras que se elevaban como muros incompresibles entre el poeta y la realidad que lo rodeaba. Desde la perspectiva de su cultura andaluza, a Federico se le presentaba ante los ojos un mundo deshumanizado.

Un día de octubre de ese mismo año de 1929, los sueños de utopía se derrumbaron. La riqueza sin límite resultó una quimera. La ciudad, según el poeta, mostró su verdadero rostro: el de la avaricia y el desdén por el prójimo, la discriminación sufrida por los negros. Federico escribe sus poemas situados en la urbe de hierro sumida en tiempos turbulentos. La ciudad de los rasca-cielos, donde estaba ausente el rostro de Dios. La muer-

te había dejado de ser sagrada para convertirse en un asunto de la industria. A un poema se añade otro, pero ya no están escritos con versificación clásica (“La niña del bello rostro / está cogiendo aceitunas. / El viento, galán de torres, / la prende por la cintura”); ahora el lenguaje y la imagen tienen el rasgo de lo insólito, lo descoyuntado; los versos viven en la enrarecida atmósfera de un sueño, o pesadilla. El realismo desciende al subsuelo del Hades. García Lorca escribe así uno de los momentos fundamentales del surrealismo. La aparición del libro *Poeta en Nueva York* correrá una aventura azarosa. El gran poeta Walt Whitman es su lazarillo por el extraño jardín de la poesía que ahora habita.

LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

Antes de huir de Nueva York rinde homenaje a Walt Whitman:

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;
anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja,

enemigo del sátiro,
enemigo de la vid
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.

Para él una forma de purificación fue sumergirse en la vida de la ciudad de La Habana. Paisaje geográfico y humano lo reconcilian con la naturaleza de su canto. Viaja a Buenos Aires y luego se reencuentra con su país natal. Está en la plenitud de sus poderes creadores. Sus navegaciones y regresos lo son también en un lenguaje muy decantado para su poesía. Lo sigue agobiando la idea de la muerte, pero hay un tono sereno. Publica en el último año de su vida sus “Gacelas” y “Casidas”:

Como me pierdo en el corazón de algunos niños,
Me he perdido muchas veces por el mar.
Ignorante del agua voy buscando
Una muerte de luz que me consuma.

En 1931 triunfa la República en España. Un horizonte de libertades se abre ante sus ojos. Había organizado la compañía de teatro itinerante de La Barraca. Lo entusiasmaba la idea de que el mundo podía ser más justo. Su generosidad se desbordaba. Los años de la República fueron difíciles. Los choques internos la debilitaron. Los enemigos del nuevo orden encontraron campo fértil para la rebelión. Federico García Lorca era ya una figura aclamada más allá de las fronteras de España. Pero el ambiente áspero y hostil de la República era un medio muy propicio para que germinaran las envidias y los ajustes de cuentas. El fascismo ensayaba sus estrategias y tácticas en suelo español.

En 1936 la temida guerra civil estalló. Las persecuciones dieron comienzo. Los fascistas querían el pellejo de García Lorca. El poeta en Madrid tomó la peor decisión de su vida: huyó a su pueblo para ocultarse del enemigo. Pero el enemigo estaba presente en todas partes y en ningún lugar era más visible el poeta que en Granada.

Una noche sombría y gris fueron por él. No iba solo, lo acompañaban otros prisioneros; los obligaron a todos a caminar a lo largo de la carretera en dirección al campo abierto. García Lorca era blanco de insultos y humillaciones. Al borde del camino todos fueron ejecutados. Ese fue el triste final de una de las figuras más insignes de la literatura española.

Excavaron una fosa común clandestina y en ella arrojaron los cuerpos.

Su cadáver nunca ha podido ser recuperado. Ni cenotafio ni sepulcro, sólo la memoria de sus versos.

Verde, verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar.

Y el caballo en la montaña. **u**